

N.º 4

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

20 Cts.

Los Dos Ruisiñores



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSU

Adelant

mamita

M. R.

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I—N.º 4, Santiago de Chile, 10 de Julio de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar.

Subscripción Anual \$ 9.—

Concurso de Dibujos Coloreados correspondiente al N.º 2 de

mamita

M. R.

Es como una montaña el alto de dibujos que nos mandan nuestros lectorcitos. Y son muchos los que están muy bien, tanto, que nos hacen falta premios y menciones honrosas. Vamos a aumentarlos para los próximos números.

Llegaron con atraso muchos dibujos del N.º 1, porque venían de tan lejos: algunos desde Llanquihue y otros de Arica. Nos llegan de todo Chile, de modo que desde ahora vamos a dar los premios, 15 días después de que haya aparecido el dibujo. Los del No 3, se repartirán el viernes 17 y aparecerán en el N.º 6 del viernes 24 del presente.

Los premiados son esta vez los siguientes niñitos que han enviado sus dibujos con preciosos colores y mucho arte:

Premio: una suscripción trimestral.

1.º Elcira Jarpa Gana, Merced 36, Quillota.

2.º Inés Tapia. Catedral 2260. Santiago.

3.º Cristina Miquel. Casilla 116. Angol.

MENCIONES HONROSAS:

Alfredo Esquivel. Beauchef 959, Santiago.

Josefina Hanamias. Puerto Montt, Casilla 32.

Alberto Riesco Gana. Agustinas, 2149. Santiago.

Emma Salas N. Grajales 2458. Santiago.

Heriberto Paiva. Valdivia. Correo 2.

Aurelia Jofré. Copiapó 1025. Santiago.

Cecilia Kaulen. Graneros. Casilla 9.

María Leyton, Carmen 1593. Santiago.

Marcelo Campos. Casilla 560. Temuco.

Sergio Aguirre. Tocornal 272. Santiago.

Olga Moya. Tiltil.

María Carrasco. Bisquert 277. Rengo.

Francisco Bozzo. San Isidro 277. Santiago.

Carlos Rojas D. Cumming 60. Santiago.

Camila Alee. Talca, 1 Sur, 10 Oriente.

Hermógenes Marchant. Copiapó 325.

Raúl Navarro. 5 de Abril 3923, Santiago.

Inés Hanna M. Casilla 12. Peumo.

Gerardo Godoy. A Prat 195. Bulnes.

Manuel Sobera. Herboso 24, Quillota.

Los Dos Ruisseñores



EN China vive la gente por millones, como si fuera una familia que no acaba de crecer y tienen de gobernante a un emperador. Creen que es hijo del cielo, porque nunca lo ven sino como si fuera el sol, con mucha luz junto a él, y en un palanquín de oro y con vestidos de oro.

Y muy galán que era el emperador de este cuento, que se metía de noche la barba larga en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las casas de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y de pescado seco y hablando con los viejos y con los niños.

Habitaba en un hermosísimo palacio.

Era de porcelana hecha de la pasta del mejor polvo caolín, que da una porcelana que parece luz y suena como la música, y hace pensar en la aurora y en los colores de los cerros cuando empieza a caer la tarde. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas, y fuentes con peces rojos, y unos rosales con rosas rojas y negras, que tenían cada una su campanilla de plata, y daban a la vez música y olor.

Más allá del palacio, había un bosque muy grande, tan grande que llegaba hasta el mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor.

Les cantaba a los pescadores canciones tan lindas que se olvidaban de sus penas; y se les veía sonreír de gusto o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar besos al aire como si estuvieran locos.

Venían de fuera muchos viajeros a ver el país; y luego escribían libros de muchas hojas, en que contaban la hermosura del palacio y del jardín, y lo de los naranjos, y lo de los peces, y lo de las rosas rojinegras; pero todos los libros decían que el ruiseñor era lo más maravilloso. Los poetas escribían versos al ruiseñor que vivía en un árbol del bosque y cantaba a los pobres pescadores los cantos que les alegraban el corazón. Un día, el emperador vió los libros. Del contento que le produjeron, le dió con el dedo tres vueltas a la punta de la barba, porque era mucho lo que celebraban su palacio y su jardín, pero cuando llegó a donde hablaban del ruiseñor:

—¿Qué ruiseñor es éste—dijo—que yo nunca he oído hablar de él? ¡Parece que en los libros se aprende algo! Y esta gente

de mi palacio de porcelana que me dice todos los días que yo no tengo nada que aprender! ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!

Llegó éste saludando hasta el suelo, con su túnica de seda azul celeste, y con florones de oro. A cualquiera que no fuese el emperador, el Gran Mandarín le contestaba: «¡Puh! ¡Puh!» Pero al emperador no le decía ni ¡puh! ni ¡pib!, sino que se echaba a sus pies, con la frente en la estera, esperando, temblando hasta que le dijera: «¡Levántate!»

—¡Levántate! ¿Qué pájaro es éste de que hablan los libros, que dicen que es lo más hermoso de todo mi país?

—Nunca he oído hablar de él, nunca— dijo el mandarín, arrodillándose en el aire y con los brazos cruzados—: ¡No ha sido presentado en palacio!



—¡Pues en palacio
ha de estar esta noche!

El mandarín dió
tres vueltas en redon-
do, con los brazos
abiertos, se echó a los
pies del emperador,
con la frente en la es-
tera, y salió de espal-
das, con los brazos
cruzados, y arrodi-
llándose en el aire.

—¡Si esta noche no
está aquí el pájaro,
mandarín, sobre las

Al pie del árbol del rui-
señor, le oía...

cabezas de los mandarines he de pasear esta noche!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—salió diciendo el mandarín mayor, que iba dando vueltas, con los brazos abiertos, escalera abajo. Y todos los mandarines se echaron a buscar el ave, para que el emperador no pasease en la noche por sobre sus cabezas. Hasta que fueron a la cocina del palacio, donde estaban guisando pescado en salsa dulce e inflando pastelitos de maíz, y pintando letras coloradas en los buñuelos de aire; y allí les dijo una cocinerita, de color de aceituna y de ojos de almendra, que ella conocía el ruiseñor muy bien, porque de noche iba por el camino del bosque a llevar las sobras de la mesa a su madre que vivía junto al mar, y cuando se cansaba, se sentaba al pie del árbol del ruiseñor y le oía, y era como si le conversasen las es-

trellas y como si su madre le estuviera dando un beso.

—¡Oh, doncella!—le dijo el mandarín— ¡digna y piadosa doncella!: en la cocina tendrás siempre empleo y te concederé el privilegio de ver comer al emperador, si me llevas a donde el rui señor canta en el árbol, porque tengo que traerlo a palacio esta noche.

Y detrás de la cocinerita se pusieron a correr los mandarines, con las túnicas de seda cogidas por delante y la trenza bailándoles por la espalda; y se les iban cayendo los sombreros picudos. Bramó una vaca y dijo un mandarincito joven:

—¡Oh, qué robusta voz! ¡Qué ave magnífica!

—Es una vaca la que brama—repuso la cocinerita.

Croó una rana y dijo el mandarincito:

—¡Oh, qué hermosa canción que suena como las campanillas!

—Es una rana—explicó la cocinerita.

Y entonces, rompió a cantar el ruiseñor.

—¡Ese, ése es!—dijo la cocinerita—y les señaló una avecilla que trinaba en una rama.

—¡Ese! — dijo el mandarín mayor —. Nunca creí que fuera una criatura tan diminuta y sencilla. ¡Nunca lo creí! ¿O será que al verse por primera vez frente a nosotros los mandarines, ha cambiado de color?

—¡Lindo ruiseñor!—decía la cocinerita—. El emperador desea oírte cantar esta noche.

—Y yo quiero cantar — le respondió el ruiseñor, soltando un ramillete de arpeggios.

—¡Suena como las campanillas, como

las campanillitas de plata!—dijo el mandarincito.

—¡Lindo ruiseñor!, a palacio tienes que venir, porque en palacio es donde está el emperador.

—A palacio iré, iré—cantó el ruiseñor, con un trino como un suspiro—; pero mi canto suena mejor en los árboles del bosque!

El emperador mandó poner el palacio de lujo; las paredes y los suelos resplandecieron con la luz de los faroles de seda y de papel; las rosas de rojo corazón florecían en los corredores y en el centro



El ruiseñor
dijo: «¡Gra-
cias, no!»

de la gran sala del trono pusieron un paral de oro para que el ruiseñor cantase en él. A la cocinerita le dieron permiso para que se quedara en la puerta.

La corte se vistió de etiqueta con siete túnicas, una de cada color del arco iris, y el emperador se puso su manto en que se veían la luna y todas las estrellas.

El ruiseñor cantó tan dulcemente que a ratos el emperador reía, y a ratos le corrían en hilo las lágrimas, y a los mandarines se les atragantaba la respiración en el pecho.

El emperador quiso que le pusieran al cuello del ruiseñor una medalla grande de oro como premio; pero el ruiseñor dijo «gracias, no», en un trino tan melodioso que el emperador no lo mandó matar porque no había querido aceptar ese regalo. Y en su canto decía el ruiseñor:

—No necesito la medalla ni el botón

de los mandarines, porque ya tengo el premio más grande, que es hacer reír y llorar a un emperador.

Aquella noche, en cuanto llegaron a sus casas, todas las damas se pusieron a hacer gárgaras y gorgoritos, y ya se creían muy finos ruiñeños.

Mientras tanto, en palacio, le habían dado al ruiñeño una jaula de plata con permiso de volar dos veces al día y una en la noche. ¡Ay! Doce criados de túnica amarilla debían sujetarlo con doce hilos de seda cuando salía a volar, de modo que el ruiñeño nunca alcanzaba a remontarse tan lejos como a él le gustaba.

Un día, recibió el emperador un paquete que decía «El Ruiñeño» en la tapa, y creyó que era algún libro sobre el pájaro famoso; pero no era libro, sino un pájaro de metal que parecía vivo en su jaula de oro. Por plumas tenía diamantes,

perlas y topacios. Cuando le daban cuerda, cantaba casi como el ruiseñor de verdad, moviendo la cola de oro y de plata.

—¡Hermoso pájaro es!—dijo toda la corte, y le pusieron por nombre «Gran ave de palacio», porque se usan estos nombres así en China, pomposos y largos. Pero cuando el emperador puso a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no anduvo el canto bueno, porque el vivo cantaba como le nacía del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás, y no salía del valse.

—¡A mi gusto! ¡Este es mi gusto!—decía el maestro de música—. Dejemos que cante solo el pájaro de las piedras.

Treinta y tres veces seguidas cantó la misma tonada sin cansarse, y el maestro de música y la corte entera lo hubieran oído con gusto una vez más, si no hubiese dicho el emperador que el vivo debiera

cantar también algo. ¿El vivo? Lejos estaba, lejos de la corte y del maestro de música. Los vió entretenidos y se les escapó por la ventana.

—¡Oh, pájaro desagradecido!—dijo el mandarín mayor—; ¡huirse de la jaula de plata tan hermosa que le habíamos fabricado en palacio!—y dió tres vueltas en redondo y se cruzó de brazos.

—Mil veces mejor es este pájaro artificial—aseguró el maestro de música—, porque con el ruiseñor vivo nunca se sabe cómo va a ser el canto, y con éste se está seguro de lo que va a ser; todo está en orden y se le puede explicar al pueblo las reglas de la música.

El emperador dió permiso para que el domingo el maestro de música sacase a cantar al ave delante del pueblo. Este pareció muy contento y decía que sí, con la cabeza; pero un pobre pescador dijo que

«él había oído al ruiseñor vivo y que su canto no podía compararse con el de las piedras, porque tenía algo de adentro tan



Adriano

Detrás de la cocinera se pusieron a correr los mandarines...

hermoso, que él no sabía lo que era, algo que cantaba el ruiseñor vivo que le hacía llorar, y éste no».

Enojado el emperador, mandó proclamar una orden por todo su reino, desterrando a los ruiseñores vivos.

Pasó un año, y emperador, corte y país conocían como cosa de ellos mismos cada gorjeo y vuelta del pájaro artificial y como lo podían entender lo declaraban magnífico ruiseñor. Cantaban su valse los corazones todos. Y los chicuelos de la calle. Y el emperador lo cantaba también. Hasta que una noche, cuando estaba el pájaro en lo mejor del canto, y el emperador lo oía, tendido en su lecho de blondas y colgaduras, saltó un resorte de la máquina del ruiseñor; sonaron las ruedas como huesos que se caen y paró la música. Se echó de la cama el emperador y mandó llamar a un médico. El médico no

supo qué hacer y vino el relojero. Este trató de colocar las ruedas locas en su lugar, pero encargó que lo usasen muy poco, porque estaban gastados los cilindros y el ruiseñor aquel, en verdad, no podía cantar más de una vez al año. El maestro de música le echó encima un discurso al relojero y le dijo traidor y mal vasallo, porque se había atrevido a decir semejante cosa del ruiseñor artificial a Su Majestad, el emperador.

Cinco años después, había mucha tristeza en la China, porque estaba al morir el pobre emperador, tanto que tenían nombrado ya al nuevo y los mandarines se paseaban de arriba a abajo no sabiendo qué hacer: si cuidar al emperador que se moría, o ir a hacer sus reverencias ante el que iba a reinar en seguida.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pá-

jaro roto. Por una ventana entraba la luz de la luna. Sintió el emperador un peso extraño en su pecho y abrió los ojos para ver. Vió a la Muerte sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial y en una mano su espada de mando y en la otra, la hermosa bandera, signo del emperador. Y por entre las cortinas del lecho, vió muchas cabezas raras, bellas unas e iluminadas como de sol y otras feas y negras. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. «¿Te acuerdas?»—le decían las malas acciones. «¿Te acuerdas»—le decían las buenas acciones. «¡Yo no me acuerdo de nada, de nada, de nada!»—repetía el emperador. «¡Música, música!, tráiganme la banda de músicos con su tambor más grande, el que haga más ruido, para no oír lo que me dicen las malas acciones!»

—Pero las acciones seguían diciendo:
«¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?»

—¡Música, música!—imploraba el emperador—. ¡Oh, hermosa ave de oro, canta, te ruego que cantes, yo te he dado medallas en premio de tus trinos! ¡Te ruego que cantes!

Pero el pájaro no cantaba y cuando le daban cuerda chirriaba de modo atroz.



El emperador le oía tendido en su lecho de blondas...

Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto por la ventana entró el sonido de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Había oído decir que estaba muy enfermo el emperador y venía a cantarle algo sobre la fe y la esperanza. Y a medida que iba cantando, eran menos negras las sombras, corría más caliente la sangre por las venas del emperador y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba y le dijo:

—¡Sigue, ruiseñor, sigue!

Y por un canto, le dió la Muerte la corona de oro; por otro la espada de mando, y por otro canto más, le entregó la hermosa bandera. Y cuando ya la Muerte no tenía ni la corona, ni la espada, ni la bandera del emperador, cantó el pájaro de

la hermosura de los cementerios donde trepa la rosa blanca, y el ciprés da sus aromas a la brisa y la hierba crece con el rocío que le dan las lágrimas de los parientes que van a dejar a sus deudos queridos. Y tan hermoso vió la Muerte en el canto ese jardín suyo que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—Gracias, gracias, ave maravillosa—, decía el emperador. Yo te desterré de mi reino y tú destierras a la Muerte de mi corazón. ¿Cómo te puedo yo pagar?

—Tú me pagaste ya, cuando te hice reír y llorar con mi canto; la emoción que arranca a las almas de los hombres es el único premio digno del ave que canta. Duerme, emperador, duerme, yo cantaré para ti.

Y al son de sus trinos, se fué durmiendo el emperador en un sueño de salud.

Cuando despertó, entraba el sol como oro vivo por la ventana. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto. El ruiseñor, no más, estaba junto a su cama, el ruiseñor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás y cantarás cuando quieras!

—Yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar mi nido entre los cortesanos. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré toda la noche, para que tengas sueños felices. Te cantaré de los malos y de los buenos, y de los que gozan y de los que

De pie, con su túnica imperial...



sufren. Los pescadores me esperan en sus casas pobres a la orilla del mar. El ruiseñor no puede abandonar a los que no tienen más música que el canto de los pajaritos del cielo. Yo te vendré a cantar en la noche.

Y se alejó volando.

Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver el emperador muerto. Y lo vieron vivo, de pie, con su túnica imperial, con la mano en la espada, y su bandera al lado.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—dijo el gran mandarín, y dió diez y ocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la frente a los pies del emperador. ¡Y a todos los mandarines arrodillados en el aire, les temblaba la coleta sobre la nuca.

(Versión libre de un cuento de Andersen)

EL CIRCO

Conocí a Conchita en el circo, la llevó su aya a a ver al payaso y a reír como los demás niños. Sin embargo, Conchita no reía y hacía pucheros: no podía ver la diversión.

Los niños que reían estaban de pie, en las piernas de sus padres; a Conchita la llevaba su aya, y las piernas de una aya no se prestan a sufrir una carga más

que bajo los ojos del administrador.

Yo no veía al payaso tampoco, pero no hacía pucheros porque me acariciaba mi abuelita. Mi abuelita no podía pararme en sus piernas porque las tenía débiles y adoloridas.

Conchita y yo nos mirábamos de vez en cuando, entendiéndonos amigas porque no podíamos gozar de la fiesta.

De pronto se me ocurrió



algo encantador : me subí en una silla, cogí a Conchita en los brazos y . . . ¡ pudimos ver ! Pudimos ver, sí, porque Conchita me contaba lo que miraba. Reíamos, Conchita palmoteaba ; yo veía en sus ojos los colores fantásticos de los vestidos de los bailarines ; en sus gestos, las contorsiones de los trapeceistas ; en su respiro desigual, el peligro de los que caminaban en los alambres ; en sus gritos, en sus risas, en sus palmoteos, todo el circo, toda la función de loca alegría.

Acabó la fiesta, nos despedimos, me dijo mi amiguita su nombre y su dirección, y aun no la he olvidado.

JOSEFINA ZENDEJAS

¡¡¡¡ OFERTA ESPECIAL!!!!

Sólo hasta el 31 de JULIO. A fin de favorecer a aquéllos que llamaremos nuestros subscriptores fundadores, hemos reducido casi a la mitad el precio de la subscripción anual, — equivalente a 52 ejemplares.

|| \$6.-

SUBSCRIBASE HOY MISMO — Anual:

Envíe esa cantidad en giro, letra, cheque postal o en estampillas de correo a: Casilla 84-D.—Santiago.

EN EL PROXIMO NUMERO
“El Príncipe que se volvió Cabrito”
 y música y letra de la Canción Infantil
EL MANZANO

LA ESCUELITA RURAL

¡Qué triste se ve la escuela
a la vera del camino:
parece como una abuela
que ha cumplido su destino!

Las niñas ya se marcharon...
la maestra también se fué...
sólo quedan estos muros
frente al paisaje, de pie.

Los pajarillos a veces
se posan en el tejado,
cuyo viejo alero, el viento
de tejas ha despojado.

Pobre escuelita rural,
tan triste y abandonada...
pordiosera del camino...
¿quién fija en ti la mirada?

Abuela de verdes campos,
colmena de pobres niños,
escuela de mis recuerdos,
para ti son mis cariños.

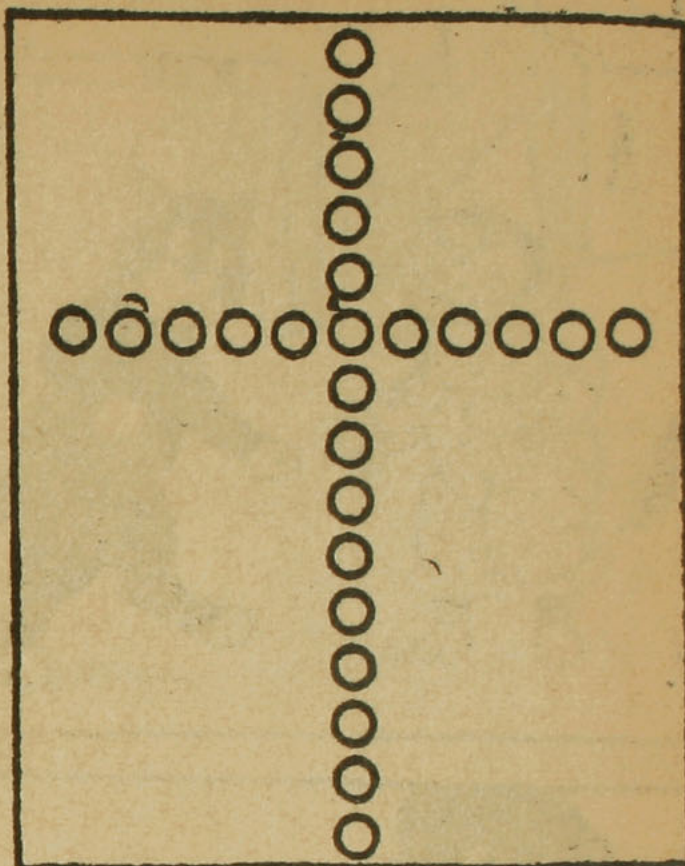
¡Qué triste se ve la escuela
a la vera del camino:
parece como una abuela
que ha cumplido su destino!

J. J. SALAS PEREZ

PROBLEMA N.º 3

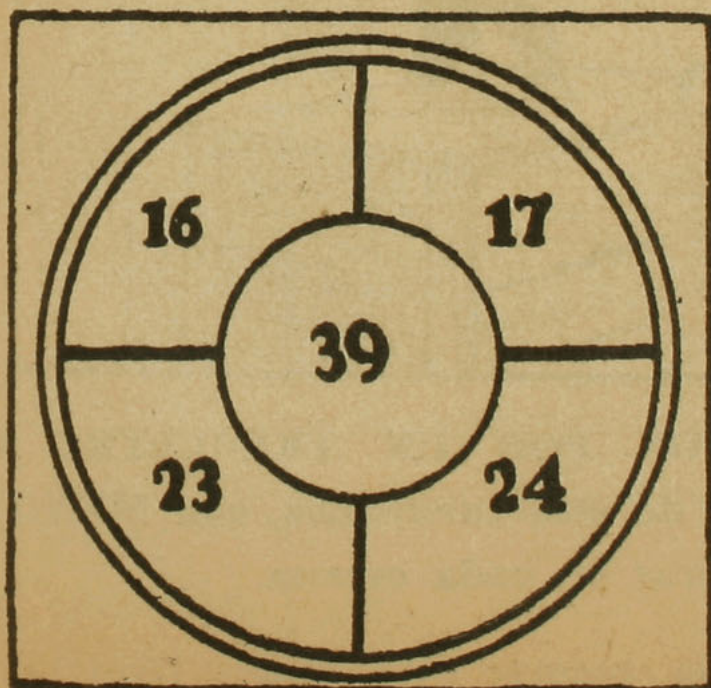
LA CRUZ DE CIRCULOS

La línea vertical de esta cruz contiene 15 circulitos. Empezando a contar desde el pie de esa línea y continuando a la derecha o a la izquierda desde la intersección con el brazo horizontal, se hallarán también 15 circulitos. ¿Puede usted retirar dos de los círculos y luego colocar uno de los que quedan de modo que la línea vertical entera o la misma línea hasta la intersección y prolongada a la derecha o a la izquierda contenga siempre 15 circulitos?



Solución al Problema N.º 2

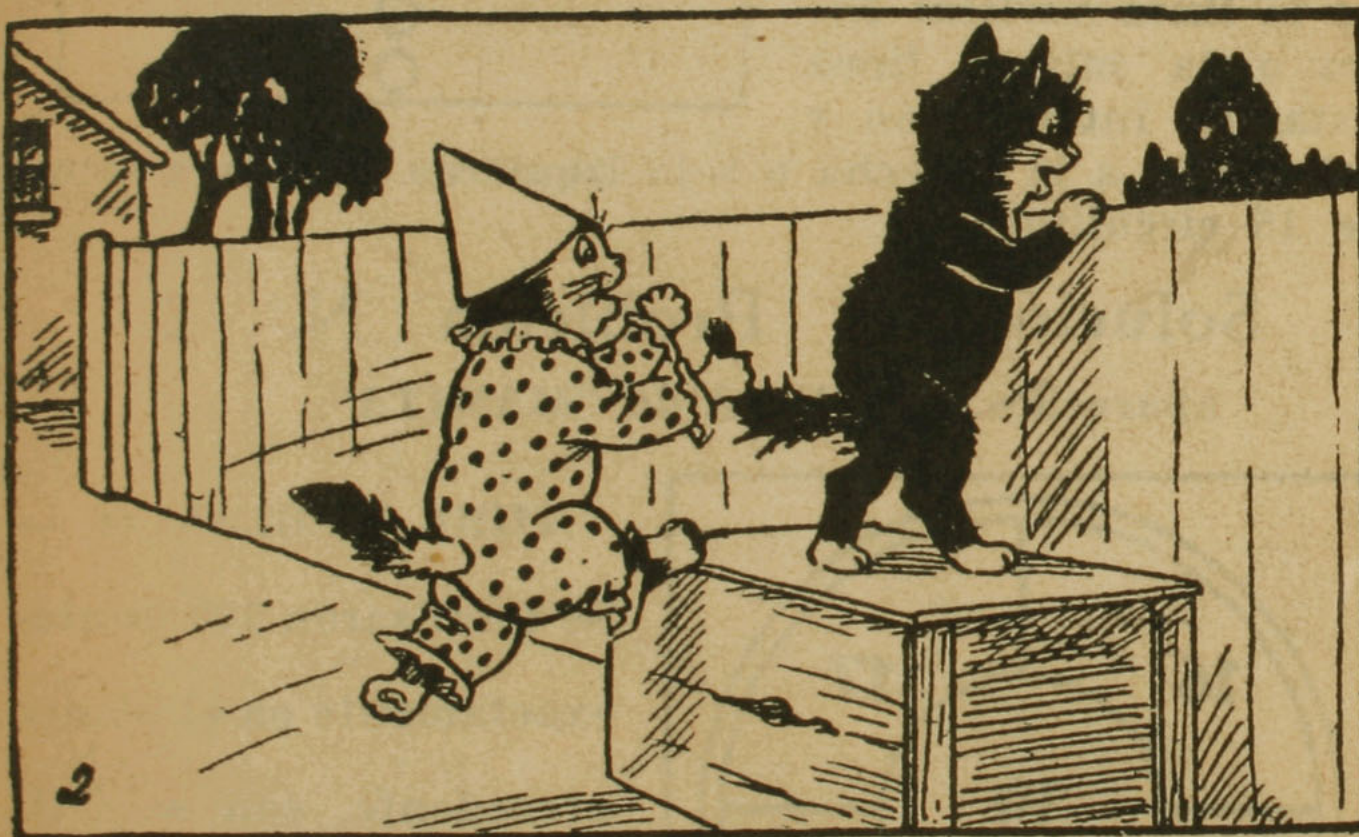
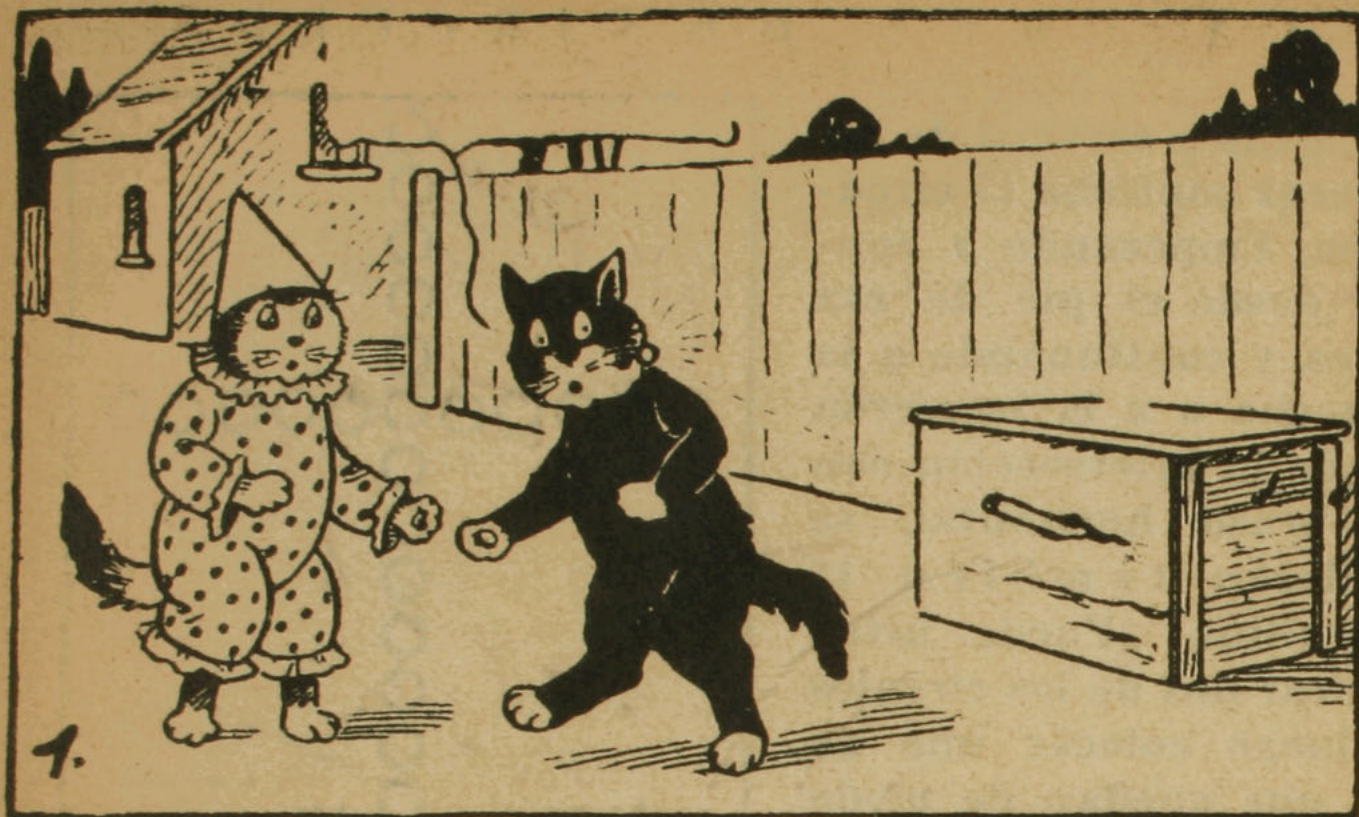
aparecido en el N.º 3 de "MAMITA".



TIRO AL BLANCO. —

Se totalizaron 100 puntos exactamente en el blanco precedente, con seis tiros, dos de los cuales dieron en la sección 16 y los cuatro restantes en la 17.

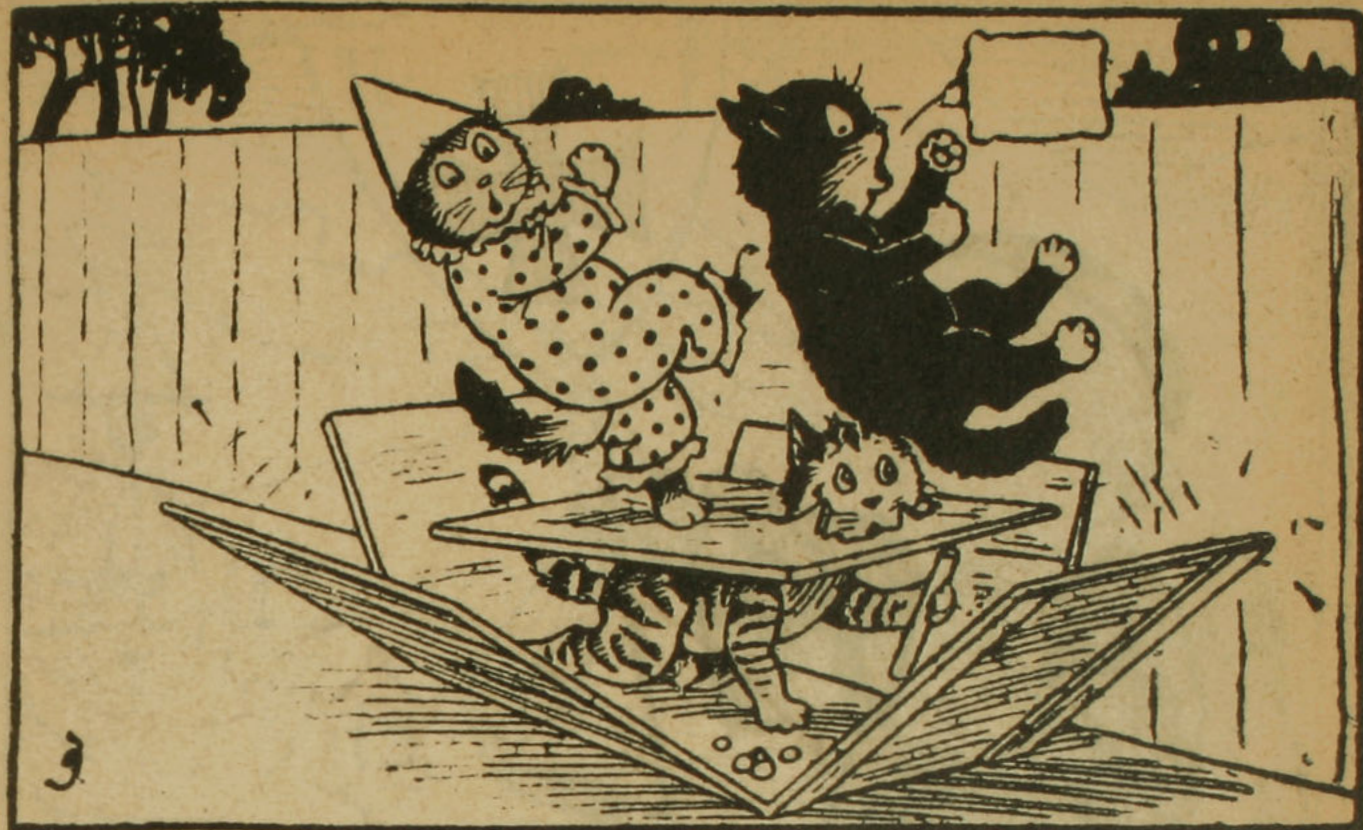
AVENTURAS



Regalamos una **SUBSCRIPCION POR UN TRIMESTRE** al chico que escriba las lecturas de este cuentecito, con **MENOS de QUINCE** palabras en cada escena.

¡GANESELA USTED! Escríbala, recorte este cupón, fírmelo y envíelo por correo o vaya a dejarlo personalmente.

DE MININO



Sra. Directora de «MAMITA».—Bellavista 069, Casilla 84-D, Santiago.

En página aparte remito a usted la lectura del cuento «AVENTURAS DE MININO».

NOMBRE

DIRECCION



Magallanes
descubre el
Estre-
cho que
hoy lleva
su nom-
bre.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fosfa-
tos, azúcar, etc.